

El sueño inútil

Perfume Pato Manguera

Alona tiene un **pato** que la guía en sueños. Y los sueños, están a la espera de ser soñados. El pato va caminando, y Alona, lo va siguiendo. Mientras que una **manguera** infinita, marca el camino de los sueños que visitan.

Cada noche, Alona espera con los ojos bien abiertos, y el alma también, a que llegue la noche. El pato le indica a Alona qué sueños soñar, y cuándo es que los sueños se tornan un tanto amargos, y ella despierta.

Pero esta noche, Alona ha soñado algo distinto. Ahí está el pato, y Alona detrás de él. Pero Alona se pierde en el camino, ya no ve más la manguera. Ve una puerta en la que está escrito “El sueño inútil”.

Alona entra, y ahí está el **perfume** de papá. La canción que más le gusta. El olor a sus años niños la distrae y se olvida del tiempo.

De pronto, Alona no ve al pato. Y el pato tampoco a ella. Y ella aún no despierta.

Alona y el pato se andan buscando. Aunque quizás, era el sueño inútil porque no podría despertar. Alona quiere quedarse en sus años niños, y el pato, continuar caminando a solas.



Tuareg

Picaporte

Perfume Pato Manguera

Se despertó poco antes del amanecer, lentamente, deslizándose poco a poco desde ese reino delicioso que existe entre el sueño y la vigilia. Hasta que, como la punta de un iceberg que súbitamente toma consciencia de su masa sumergida, recordó dónde estaba, lo que había pasado. Lo que tenía que hacer.

A su costado, él seguía roncando plácidamente, sin un ápice de culpa. Odió su gorda silueta, odió sus ronquidos, sobretodo odió su sabor y su olor repugnantes que ningún **perfume** podría ocultar nunca y que la impregnaban entera.

Se levantó con dificultad, le dolían todos los músculos y los huesos. Fue al baño y se lavó con furia, una y otra vez, pero ni una **manguera** a presión podría llevarse toda la suciedad que sentía. Se vistió con sufrimiento, vio los restos de **pato** asado de la noche anterior. Aunque tenía hambre, sintió ganas de vomitar. Se dirigió hacia la puerta. Allí, un último momento de duda, la tentación de volver a dormir, a olvidar. Pero no, aquella había sido la última vez. Agarró el picaporte.

Él se levantó mucho más tarde, y vio que ella seguía en la cama. Al salir, cerró la puerta por fuera y se llevó la llave. Al fin y al cabo, era un barrio peligroso para que una niña saliera sola.

Cara de marmota

Mecedora Terno Marmota

Recordaba con afecto su niñez, sobre todo las conversaciones con su abuelo, ese hombre con tantas batallas ganadas y solo un par trágicamente perdidas, las cicatrices de su cara le daban una mística inigualable, aún se sentaba en su **mecedora** cada vez que quería afinar los detalles de un plan.

Ella le había contado que la trataban mal, que era horrible lo que le hacían. Revivir constantemente ese episodio con la **marmota**, una y otra vez, tortura psicológica solo para probar nueva tecnología, esa que algún día se supone que nos dejaría a todos sin la necesidad de antidepresivos.

El día de la entrevista se puso su mejor **terno**, se afeitó, se perfumó incluso, había que llegar hasta la oficina del jefe. Su buena labia lo llevó hasta ahí, y una vez sentado delante de ese hombre solo podía pensar en ella, en su triste y depresiva novia siendo torturada en ese cuartel “científico”.

El capitán Suarez lo vuelve a golpear, le sigue preguntando, ¿por qué? ¿Por qué mató al presidente de la empresa más grande del país?

Sonreía, ella tenía razón.

Porque tenía cara de marmota.



Cry

Retromorfosis

Mecedora Terno Marmota

Cuando Gregorio despertó aquella mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró convertido en un ser humano. Observó sus extremidades, reducidas en número, pasando de seis patas ágiles a cuatro miembros flácidos y pálidos.

Supo que era un sueño, cuando se encontró recostado sobre un árbol, donde había intentado escapar de una salvaje **marmota**. Reconoció el bosque donde habitaba, ocultándose de los pequeños hombres, esos enanos casi sádicos, que disfrutaban arrancarles las alas a sus parientes lejanos o pisotearlos. Mientras que otros, un poco más retorcidos, disfrutaban prenderles fuego y verlos retorcerse entre las llamas.

Pero no más: ahora, Gregorio era uno de ellos.

Solo quedaba viajar e internarse en esa jungla de cemento y aprender a vivir como esos hombres que llevan **terno** y corbata.

Lamentablemente, no tardaría Gregorio en darse cuenta, ya en sus últimos años, sentado en una **mecedora**, con la mirada cansada y la piel reseca, lo diferentes que eran los seres humanos a los insectos.

El ser más grande, no te hacía más poderoso, y no importaba el tamaño: siempre habría alguien queriendo aplastarte.

Y a diferencia de los escarabajos peloteros, las personas no llevaban consigo su propia mierda, sino disfrutaban lanzársela unos a otros.